

# Relatos para campo y playa

Francisco García Pérez

Al igual que otros muchos productos, se venden también por estas fechas relatos para campo y playa. Está bien. Nada hay peor que sentirse culpable tras haber pasado un verano sin leer, no ya el libro que siempre se va a leer por el verano, sino sin leer, simplemente. Para ayudar al necesitado, algunos periódicos incluyen entre sus suplementos algo de literatura, relatos, a ser posible. Relatos, porque son cortos, porque se leen de uno o dos tirones y no está el verano para excitar la adormecida memoria recordando quién era el malo en una novela de trescientas páginas.

Se les llama relatos y no cuentos por el sabido desprestigio que sufre esta palabra. Y se las ven los profesores a lo largo del año tratando de convencer a un alumnado zumbón de que Poe escribía cuentos y, no obstante, era un gran escritor. Aquello que no tiene mérito y resulta engañoso es un cuento. Relato tiene más empaque. Serán lo mismo, pero ya conozco a más de uno que acepta que se hable de sus narraciones cortas, pero si se las llama cuentos tuerce el gesto como lo tuercen los militares cuando se les confunde el número de puntas en la estrella.

Viene a cuento lo de los cuentos por haber recibido hace unas fechas un volumen de la «Colección Austral» que me envía Antonio Pereira, berciano y hermano mayor de ese «Grupo de León» (Aparicio, Mateo Díez, Merino, Llamazares...) que no para de escribir y dar envidia a los de más al Norte. (Aunque, debo confesarlo, más envidia me da que alguien publique en «Austral»; que algunas noches no dejo de soñar con que soy yo mismo quien publico en una colección que casi me enseñó a leer). Se llama el libro de Pereira *Cuentos para lectores cómplices*, y lo precede un prólogo de Ricardo Gullón, donde, no podía ser menos, se teoriza sobre el cuento. Retiene Gullón, siguiendo a Horacio Quiroga, tres condiciones esenciales para conseguir un buen cuento: brevedad, intensidad y capacidad para sostener el interés durante la lectura y para sorprender al concluirla. Quizá debiera añadir una forma como la soñada por Julio Cortázar (cito por el libro de Omar Prego, *La fascinación de las palabras*) mediante la metáfora de la esfera: «esa forma en la que no sobra nada, que se envuelve a sí misma de una manera total, en la que no hay la menor diferencia de volumen». En el cuento, sigo con Cortázar, es preciso eliminar todo lo eliminable, «escribir ceñido», proceder «por una

especie de acumulación de tensiones que estalla al final en el desenlace dramático. Es el equivalente de un gran movimiento en una sonata o un cuarteto».

Aunque no tiene tampoco por qué ser exactamente así. Baste pensar en ese barroquismo extenso, que no parece tener ni límites ni prisa, de Alejo Carpentier o de Lezama Lima, o en esos cuentos que transpiran fracaso y quedan abiertos a la tristeza y a la desazón más radicales, como ocurre en Juan Carlos Onetti. Baste pensar en algunos cuentos de Poe (quien no sólo escribió *El corazón delator*, como algunos parecen pensar de tanto que lo citan) donde aquello que echa a andar el cuento es una mente obsesionada que ya ha llegado a un desquiciamiento poliédrico más que esférico, por seguir forzando la metáfora.

Si hay algo que distinga al cuento de las demás formas, ese algo no es otra cosa que una corta extensión sumada a la intensidad. ¿Cuánto de corta? La necesaria y justa para albergar el máximo de intensidad. Porque si lo intenso se extiende y da como resultado páginas y páginas, perderá su calidad de intenso engendrado agobio (¿no ocurre así en algunas partes de *Bajo el volcán*?).

Así, pues, y muy lejos de lo que se piensa, no es en modo alguno el cuento una buena manera para iniciarse en la escritura. La mejor manera de iniciarse en la escritura sigue siendo la redacción. Deberían escribirse cuentos cuando se tuviese algo que contar, como su mismo nombre indica, y se supiese cómo. No siguiendo las reglas tan estrictas que el cuento impone se obtienen esos tormentos para el espíritu que son los cuentos de adolescente a cuya lectura nos vemos obligados aquellos que tenemos amigos que, a su vez, tienen sobrinos. No se puede contar el mundo en un cuento, como pretende el adolescente, pero sí se puede y debe dar una visión del mundo, de cuya falta adolece el adolescente.

De ahí que me inquiete un tanto cuando veo al veraneante desparramado en la playa o en el campo sobre un cuento, porque pienso que quizá piense que se trata de literatura menor (lo más probable es que le importe un pito). Quisiera decirle al veraneante que hay cuentos para todo el año, y no sólo relatos de verano, y que cuesta poco enviciarse en la lectura breve e intensa. Si me dejase, le diría también que entre los cuentos de Faulkner hay una joya que brilla muy por encima de las demás maravillas y que es el cuento perfecto. Se llama *Una rosa para Emily*. Pero acaso fuera demasiada conversación con un desconocido.